

INAUGURACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y ARTES DE LA COMUNICACIÓN

A varios meses de haber dado inicio a su primer año lectivo, concurrimos hoy a la ceremonia que inaugura formalmente la nueva Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de nuestra Universidad. Y esta circunstancia, aparentemente anacrónica, es en verdad un acto extemporáneo sólo si lo observamos desde la mirada superficial de las exigencias nacidas del tiempo objetivo, pues la naturaleza esencial del afán universitario y por tanto la razón de su permanencia constituye en el fondo el comienzo perpetuo de un quehacer que retorna, en cada jornada, a sus motivos primeros que son también sus fines últimos. El hombre dedicado a la Academia es así, siguiendo a Husserl, un permanente principiante, porque para él la maravilla nunca es fuente que se agota y porque encuentra que su indagación que jamás halla reposo es acicate para repensar continuamente su saber y sus fundamentos a través del camino privilegiado de la reflexión.

En efecto, la “reflexión”, palabra tan usualmente invocada y sin embargo tan poco atendida, es la que hace signo en dirección de lo más humano del hombre y se constituye en el espíritu mismo de la institución universitaria:

pues al caracterizar de modo singular la capacidad de crear imágenes de nosotros mismos y del mundo para volver sobre ellas y así reajustarlas ante nuevos hallazgos, nos permite reafirmar y en ocasiones cuestionar nuestros más íntimos valores y nuestra propia identidad. La inauguración a la que asistimos, asumida entonces como fiesta que ha de propiciar la reflexión, va más allá de la celebración de una fecha, siempre simbólica, y dirige nuestras miradas hacia un ámbito esencial de la vida, como es el de la comunicación.

Lo percibimos hoy con claridad: el siglo que está por concluir se ha visto marcado por el llamado “giro lingüístico”, que colocó en el primer plano de la meditación en torno al hombre y la cultura de nuestro tiempo el tema de la vida comunicativa. Marshall Mac Luhan, advirtiendo las consecuencias de las profundas transformaciones tecnológicas, nos invitaba ya a pensar en la inevitable constitución de una Aldea Global; Roland Barthes y Umberto Eco, desde el análisis semiótico, enseñaron a comprender a las culturas como tejidos semánticos; en el ámbito de la reflexión ética, Jürgen Habermas desarrolló su tesis de la acción comunicativa inspirado en los modelos lingüísticos. Hoy resulta ya moneda corriente referirnos a un nuevo momento dentro de la historia del mundo. Se afirma, no sin fundamento, que se abre dentro de la aventura

humana el capítulo que ha de ser escrito siguiendo los avatares de la información que, abundante, instantánea, se halla (por lo menos así se cree) en situación de abierta disponibilidad para todos los hombres. Sociedad de la información, elemento primero que ha de refinarse con criterios éticos y académicos para trasmutarse en Sociedad del Conocimiento, la vertiginosa realidad que nos toca experimentar se ofrece como sucesión caleidoscópica de innumerables imágenes que aspiran a una mirada total nunca cumplida sobre las cosas.

Por ello, irónicamente también parece ser nuestro tiempo el de la restauración del mundo de Babel, aldea de las múltiples lenguas y de estilos de vida obligados a mirarse entre sí, comunidad imposible que camina sobre las pantanosas aguas del malentendido. Frente a este panorama, que por un lado propicia la confusión y parece invitarnos al desarraigo, y que por otro nos hace vislumbrar la esperanza de construir nuevas formas de relación que ofrezcan un espacio equitativo a las identidades particulares, una misión urgente, de elevado contenido ético, se impone al comunicador de nuestros días: encontrar el modo en que se habrá de forjar el gozne que oficie de nexo entre la virtualidad de las imágenes y el universo de lo real.

La respuesta a esta interrogante se hace hoy más difícil de absolver ante la proliferación creciente de discursos que desintegran nuestra visión del mundo y fragmentan nuestras experiencias. En efecto, lo virtual sustituye a lo sensible, lo inmediato se impone sobre lo duradero, lo abundante vence de modo abrumador sobre lo coherente: modo de ser de la sociedad contemporánea que el poeta Thomas Eliot llamó de modo pesimista *La Tierra Baldía*, mundo que oscila en el paradójico contrapunto entre la abundancia de información y la pobreza de conocimiento, y que, desdeñando el sentido de comunidad, sólo ofrece, como pálido retrato de sí, un desconcertado *collage* de imágenes rotas.

Nueva época, procedimientos operatorios inéditos que colaboran en el esbozo de una también nueva sociedad, no significa en los terrenos de lo esencial, sin embargo, un abandono de viejas tesis que permanecen con plena validez. La naturaleza humana ha sido desde siempre caracterizada en sus fundamentos como enraizada en la apertura del espíritu hacia la alteridad, esto es, al ser con los otros. El entorno natural, los demás existentes, el horizonte de ideas y de la cultura, el legado de la historia, las metas que dan sentido a nuestros proyectos, nuestro propio ser desdoblado como referente último de un soliloquio que se convierte en el diálogo con la propia conciencia que se hurga, juzga y valora, todo ello, resumido en el

fenómeno emblemático del decir y la palabra, nos fue enseñado por una vieja y autorizada tradición. Relata la Biblia que el primer hombre se entroniza por sobre la realidad al cumplir el mandato del Creador de nominar las cosas y, al bautizarlas, hacerlas ingresar en el mundo del sentido; se vuelve así merecedor de libertad, construida sobre el cimiento de su propia palabra, y por tanto de la responsabilidad que lo ha de seguir en todos sus actos. Por su lado, en las fuentes venerables de la filosofía occidental, Aristóteles, una de las figuras más preclaras de la tradición filosófica que supo recoger las primeras meditaciones renovándolas con originalidad y genio, nos hace ver en el hombre un *zoon logon exon*: animal dotado de palabra, aquél que posee y actúa desde el *logos*. Fórmula que se elevó pronto al terreno de las tesis canónicas que definen al hombre como animal de razón, gracias al simplismo de la ecuación medieval que establecía la identidad entre el *logos* griego y la *ratio* latina. Sin embargo, la sentencia aristotélica es mucho más profunda, pues nos dice que el hombre es ese ser que se arranca a su situación animal al estar dotado de palabra como signo del espíritu, sentido primordial del *logos*, que no es simple ruido y ni siquiera mera transmisión de ideas, sino antes que ello y de modo más noble, discernimiento que permite diferenciar lo bueno de lo malo, para actuar en consecuencia. Así pues, el hombre, en suma, es afirmado como ser único en tanto ente moral y, por tanto, arraigado en su

vinculación con lo distinto de sí. Y, a infinita distancia de los asuntos humanos, el mismo Dios, prolongando ese infinito amor que lo lleva a crear, redime a la humanidad caída como Logos, Acontecimiento: Verbo encarnado que se ofrece como el suceso más pleno de la comunicación: aquel de entregarse Él mismo como víctima propiciatoria para la restauración de la Alianza. Tal es el anuncio esencial del Evangelio, la buena noticia que atraviesa la ciudad y el mundo e invita a toda la humanidad a la comunión, que es cena de la Palabra.

Principio de todo conocimiento y centro mismo de la experiencia humana es pues la comunicación, término que supone la presencia de un suelo compartido: aquel terreno de la comunidad que permite proyectar la existencia de cada uno en una vida de relación. Quizá sea verdad evidentísima el afirmar que el comunicador trabaja con una materia tan antigua como el hombre mismo; empero, tal naturaleza incuestionada de la comunicación puede en muchas ocasiones adquirir una configuración apenas visible y, justamente por ello es necesario señalarlo, constituirse en campo marcado por una peligrosa ambivalencia: lugar de la comprensión y la solidaridad, mas también ámbito de la confusión maliciosa y del desencuentro.

En efecto, si la crítica semiológica adquirió en este siglo tanta fuerza en los estudios de la cultura, se debe sin lugar a dudas a que la sociedad fue adquiriendo, al mismo tiempo que se desarrollaba la masificación de los medios, una mayor conciencia del papel del signo y del discurso en la estructuración un sistema ideológico que deseaba ocultarse. Sobre la base de estas lecciones, hemos aprendido de una parte a mirar los medios informativos con desconfianza, ante la sospecha de que, escondidos tras los mensajes, se hallan la vocación de poder, la manipulación de las conductas y la constitución de centros de control social; pero también, en contrapartida, la emergencia de la era informática, al multiplicar el universo de los generadores de mensajes ha contribuido a que comencemos a levantar la hipoteca que se cernía bajo la forma de un dominio unilateral de los signos y del discurso.

Y sin embargo, a pesar de este nuevo giro, que ha favorecido la proliferación de enunciantes, la pobreza comunicativa sigue siendo el hecho más común. En nuestro país, cabe señalar aquellos ejemplos cada vez más frecuentes en los que, quien dice haber hecho suya una noble vocación de servir propiciando el conocimiento y el diálogo, ha asumido más bien el papel de un falso indagador que se solaza en las miserias de la anécdota, negando a los demás una comprensión íntegra y juiciosa de los

hechos de la vida con el propósito de convertirlas en herramientas para el montaje de grotescos espectáculos. Este ha resultado ser un recurso fácil y rentable que ha invadido todos los medios y que opaca y enrarece la posibilidad de comprender el vínculo entre la persona y el mundo social, al tiempo que anula la construcción propia de valores y criterios, ocultando la dimensión histórica de los actos que, despersonalizados, tan sólo pueden, para alcanzar legitimidad, reclamarse de la manera banal de comportarse propia de la moda, cuando no de un conjunto disparatado de creencias sin sustento.

Podría acaso afirmarse que esta comunicación simulada es un modo de alejar a los hombres del conocimiento cabal de su realidad mediante el uso de métodos más perversos y sutiles que la censura, y más cercanos a los de aquel Ministerio de la Verdad que Orwell imaginó en la atroz fantasía de su novela *1984*, y que por tanto quienes sean suficientemente reflexivos deben apartarse sin más de los medios de masas que son de modo natural envilecedores. Se trataría ésta de una postura, para recurrir a las palabras de Umberto Eco, apocalíptica, que, desde una aristocrática torre de marfil, pretende soslayar que esta moneda tiene igualmente otra cara que es preciso mirar y en la que encontramos terreno fértil para el desarrollo de nuevas propuestas, pues en efecto, a contrapelo de su dimensión ominosa,

la masificación y la multiplicación de los medios abren también inéditos horizontes de posibilidades comunicativas, diluyen las antiguas barreras culturales y políticas que distanciaban a las comunidades estableciendo diferencias, y permiten así la expansión de valores universales.

Siendo consciente de las posibilidades que abre la realidad presente de las comunicaciones e igualmente de los riesgos causados por la aplicación ciega de la técnica, que parece extenderse como motivo primero en nuestros días, la Universidad Católica decidió acometer uno de sus mayores proyectos en esta década: Abrir un nuevo espacio destinado a formar, sobre bases permanentes, desde el carácter singular de su carisma universitario, aquellos comunicadores íntegros, honestos y audaces que nuestro tiempo reclama. Para erigirla sobre sólidos cimientos, artes y ciencias se hermanan en su nueva facultad, en una sabia fusión que, enlazando los dos grandes horizontes de la creatividad humana, señala cómo la comunicación auténtica yace en un saber integrado que ha de dirigirse hacia la verdad, la belleza y el bien.

La creación de esta nueva Facultad no hace sino enriquecer en sus posibilidades una vieja vocación, pues es justo recordar que la Universidad Católica no sólo se ha preocupado de establecer vínculos comunicativos

diversos con la sociedad, a través, por mencionar algunos ejemplos, de la difusión de la cultura, el arte y la ciencia, de la educación continua o de la proyección social, en instituciones tan prestigiadas como el Centro de Teleducación de la Universidad Católica o en el brillante desarrollo de la actividad teatral, sino que, sintiéndose casa de diálogo, ha forjado, a partir de una experiencia de discusión y apertura, un espíritu crítico, original y pertinazmente indagador en sus estudiantes, precisamente aquel que mueve el interés del comunicador. No extraña entonces que muchos de nuestros egresados de las más diversas disciplinas de las ciencias y las letras hayan incursionado con éxito en el campo de las comunicaciones, tanto en la prensa escrita y televisiva como en el teatro y el cine. Y hace no tantos años como para olvidarlo, de nuestra Escuela de Periodismo egresaron destacados profesionales, recordada Escuela que, por cierto, de algún modo renace en esta Facultad, con rostro lozano y distinto, pero con el mismo espíritu vigoroso que la animó por tanto tiempo.

Nuestro compromiso con la tarea de la comunicación es pues tan antiguo como arraigado. La Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación se funda, por tanto, no en razón de una interesada sintonía con los tiempos o en atención a la moda. La realidad del Perú, tan poblada de tragedias, tan suplicante de verdades y anhelante de justicia, no nos autoriza a frívolos

arrebatos. “Hay, hermanos, muchísimo que hacer”, escribió el poeta, y su invocación, desnuda y franca, se llena de sentido al observar los graves contrastes que nos aquejan: los más recientes avances informáticos, el contacto con el mundo a través de las vías de información, se sobreponen a la dura realidad de comunidades abandonadas e ignoradas. No es un despropósito afirmar, a modo de palpitante ejemplo, que la situación confusa que muchos sectores de nuestro país viven en las actuales circunstancias se debe en buena cuenta a una carencia de comunicación que congregue al Perú en torno a un consenso duradero.

Se trata, como vemos, de una realidad compleja y de allí el un largo y paciente madurar que precedió a la constitución de esta Facultad. Nuestra reciente maestría en comunicaciones inició esta nueva tarea académica convocando a talentosos egresados de diversas especialidades que deseaban profundizar sus conocimientos que en muchos casos habían sido adquiridos en la práctica. Paralelamente, se llevó a cabo un esmerado trabajo de investigación curricular, junto a la construcción de los ambientes apropiados y la adquisición progresiva de equipos. Empero, el logro más valioso todo este trabajo no puede verse con los ojos; reside más bien en lo que a diario van creando juntos profesores y alumnos: una mística inquieta y apasionada, que pugna por convertir sus sueños en

hermosas realidades. Quiero decirles a ellos, en nombre de la comunidad universitaria, que toda nuestra institución comparte su fiesta y les transmite un hondo y solidario deseo de éxito.

Esta ocasión es propicia para expresar mi más profundo y sentido agradecimiento a quienes, compartiendo el espíritu de la casa y trabajando con inteligencia y empeño, cumplieron de modo impecable la enorme tarea de organizar y dar inicio, para alegría de nuestro país y de nuestra comunidad académica, a un capítulo nuevo y lleno de esperanzas en la historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Convencido de que este nuevo y preciado retoño académico de nuestra Casa de Estudios reafirmará la seriedad de la formación que siempre hemos procurado entregar a los jóvenes de nuestra Patria y acrecentará nuestro compromiso responsable con la sociedad a la que debemos servir, declaro inaugurada la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 4 de Noviembre de 1998